

jero por el contrario lo niega positivamente. Ni Díaz, ni Gómara, ni Cortés mismo hacen mencion de este hecho; es bien singular y extraño por cierto que los historiadores *primitivos* hayan ignorado ó pasado en silencio esta circunstancia, en la que corrió tan inminente peligro la vida del general. Al contar Cortés en sus relaciones el modo con que puso en libertad á Duero, insistió en el riesgo que le habia amenazado, igualmente hubiera hecho observar que algunos minutos antes se habia visto en crítica situacion, si fuese tal como se pinta, la accion de los dos mejicanos; lo mas probable es que conociendo estos jóvenes que su pérdida era inevitable y que debian necesariamente rendirse, prefirieron echarse de las gradas, buscando así una muerte mas noble, mas gloriosa, á su entender.



CAPITULO XVIII.

Funesta retirada de los españoles. — Noche triste. — Batalla de Otumba.

A pesar del buen éxito que en esta última escaramuza, segun hemos manifestado en el capítulo precedente, tuvieron los españoles, era sin embargo crítica y angustiosa su situacion. Motezuma ya no existia, muy escasas eran las provisiones, la pólvora empezaba á faltar tambien, la mayor parte de los soldados tenian heridas de consideracion y todos sucumbian á las fatigas. Mas animados que nunca los mejicanos habian destruido todos los puentes para hacer mas difícil la retirada, y en lugar de continuar los ataques, procuraron sitiar por hambre á los

que no podían rendir por medio de las armas. Perecer de hambre, ó ser sacrificados á los ídolos, tal era la cruel alternativa que parecía amenazar á los valientes compañeros de Cortés. Entonces decidióse el general á abandonar una ciudad en la que no podía sostenerse por mas tiempo. Luego que resolvió en su espíritu retirarse, hizo reunir su consejo, para que manifestase como y en qué ocasion seria mas conveniente verificarlo. En dos pareceres, en dos dictámenes estaba dividida la asamblea, sostenian los unos que seria mejor operar la retirada de dia á fin de reconocer mas bien los peligros, de arreglar los movimientos y oponer una resistencia mas bien concertada á los ataques del enemigo; opinaban los otros que seria preferible valerse de la oscuridad de la noche, por cuanto estarian descuidados los mejicanos y ningun obstáculo podrian encontrar en su marcha. Prevaleció este último parecer, debiéndose principalmente á la confianza que tenían las tropas en las predicciones de un soldado, quien ejerciendo mucho ascendiente sobre el espíritu de sus compañeros por algunos conocimientos superficiales y por su pretendido saber en astrologia, les pronosticaba un buen éxito si elegian este tiempo para su retirada. Aunque no creía Cortés en semejantes quimeras, se inclinó á esta opinion y se dispuso á partir la noche siguiente. Empleóse todo el dia en construir un puente que se pudiese trasportar fácilmente, juzgándose que podria

servir para colocarlo en todos los parajes en donde estuviesen rotas las calzadas, despues mandó el general traer todo el tesoro del rey, el suyo propio y los numerosos adornos de oro y plata que no se habian repartido aun, apartó el quinto para el rey, entregándolo inmediatamente á los oficiales de la corona, á fin de quedar libre de toda responsabilidad; del residuo tomaron los soldados la parte que quisieron. A pesar de esto no pudo menos Cortés de advertirles el peligro que corrian, si iban demasiado cargados de aquellas riquezas, por cuanto se entorpeceria su marcha y se comprometeria su seguridad.

Dispuso entonces el general el plan de retirada, tomando muchas precauciones que parecia debian abrazarlo todo y precaver todos los accidentes. Se encargó el mando de la vanguardia que estaba compuesta de 200 soldados los mas valientes y aguerridos, á Sandoval, á Ordaz y á Francisco de Lugo; la retaguardia formada la mayor parte de españoles estaba á las órdenes de Alvarado y de Velazquez de Leon. Capitaneaba Cortés el centro, en donde estaban colocados los hijos de Motezuma, los prisioneros de distincion, toda la artilleria y el puente levadizo; los aliados estaban repartidos entre las tres divisiones. Poco despues de media noche (el 1° de julio de 1520), empezó la vanguardia el movimiento, siguiéndola inmediatamente el resto del ejército. Muy obscura era la noche, caia el agua á torrentes, y esta circunstancia

que parecia de pronto favorable, acarreo los mas tristes y funestos resultados. En medio del mas profundo silencio se siguió la calzada que conducia á Tacuba, porque por aquella parte habia menos distancia de la ciudad al continente, y siendo al mismo tiempo mas apartada del camino de Tlascala y de la mar, los naturales no la habian destruido del todo ni habian puesto tampoco centinelas, como en otras partes. Llegaron hasta alli los españoles, creyéndose que el enemigo no se habia apercibido de su partida.

Los mejicanos empero sin manifestarse habian observado y seguido todos sus movimientos y preparado un ataque terrible. Mientras se ocupaban los españoles en establecer el puente y hacer pasar los caballos y la artilleria, quedaron de repente sorprendidos y alarmados al oir los gritos de una inmensa muchedumbre y los sonidos de los instrumentos guerreros de aquellos indios, vieron de pronto cruzar por los aires infinitas flechas y piedras y precipitarse con furia el ejército enemigo; hundiéndose de tal modo el puente de madera con el peso de la artilleria que fué imposible servirse de él. Turbados por este accidente los españoles, se adelantaron precipitadamente hácia la segunda brecha de la calzada, pero si bien se defendian con su ordinario valor, encerrados en un paraje tan estrecho, servíanles muy poco su táctica y su disciplina, mientras que por otra parte perdian tambien la ventaja que les daba la superioridad de sus armas á cau-

sa de la grande oscuridad de la noche y de la mucha agua que caia.

Habianse dispuesto todos los habitantes de Méjico á perseguir á los estrangeros y lo hacian con un ardor tal que aquellos que no podian acercarse, rechazaban á sus compatriotas con violencia. Sucedian sin cesar nuevos combatientes á los que iban falleciendo; no pudiendo sostenerse por mas tiempo los españoles, empezaron á ceder; en un instante fué general el desórden, la caballeria y la infanteria, los oficiales y soldados los amigos y enemigos se encontraron confundidos, y los que perecian, apenas podian conocer de quienes recibian el golpe. Despues de desesperados esfuerzos logró Cortés acompañado de unos 100 soldados y algunos caballos atravesar las dos últimas brechas, saltando á tierra firme. A medida que iban llegando los soldados, los ponía en órden de batalla á fin de poder rechazar el ataque, en seguida fué recorriendo todos los lugares de la calzada para prestar socorro á los que habian quedado atras. Era en verdad esponerse á una muerte casi inevitable, pero la deplorable situacion de sus infortunados compañeros parecia aumentar la fuerza de espíritu de ese magnánimo hombre y hacerle olvidar su peligro personal para no ocuparse sino del bien comun. Animaba á sus tropas á persistir en sus esfuerzos, sostenia su marcha y les ayudaba á ganar el territorio que era el teatro de la guerra. A pesar de esta intrepidez so-

brehumana, á pesar de su continua presencia en lo mas crudo de la refriega una sola herida recibió Cortés. El Dios de los cristianos le protegía evidentemente.

Pero en medio de estos actos de valor, se abandonaba su espíritu á las angustias mas terribles, á los dolores mas atroces; veía como sucumbían sus compañeros de armas bajo las masas de los enemigos, ó se ahogaban en el lago sin poder prestarles el mas mínimo auxilio, oía los lamentos, los ayes de los heridos, y lo que era mas desgarrador aun, los gritos de aquellos que hechos prisioneros, eran conducidos en triunfo para ser sacrificados á los idolos. Tales escenas no podían menos de traspasar de dolor su corazón. Por último, viendo que ya era imposible evitar estos males, determinó retirarse, recogiendo los que quedaban de la retaguardia, y después de haber penetrado el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado que estaba gravemente herido y apenas podía dar un paso, acompañándole ocho españoles y muchos tlascaltecas cubiertos de sangre y llenos de heridas. Todos los que habían formado parte de este destacamento, españoles y aliados, soldados y oficiales, Velazquez de Leon mismo eran muertos ó prisioneros; Alvarado debió la vida á un milagro de su espíritu y de su actividad, porque hallándose detenido en la tercera brecha, muerto el caballo y siéndole imposible hacer frente á los que le hostilizaban,

tentó un último esfuerzo, apoyó su lanza en el fondo de la laguna y lanzando en el aire su cuerpo sostenido con la sola fuerza de su brazo, saltó á la otra parte; maravilloso atrevimiento que fué mirado después como una novedad monstruosa, ó fuera del curso natural, y el mismo Alvarado, cuando consideró la larga distancia que había vencido, dudó aun de la posibilidad del hecho, pero como estaba confirmado por muchos testigos, dieron los españoles á este lugar el nombre de *Salto de Alvarado*, para perpetuar el recuerdo de una acción que había salvado la vida á uno de sus mas valientes y hábiles oficiales.

Todos los que lograron escaparse de los horroresos desastres de esta noche terrible, que se denomina aun en la Nueva España *noche triste*, se encontraron reunidos en Tacuba antes del amanecer. Pero cuando habiendo asomado la aurora vió Cortés los restos de sus tropas disminuidas en mas de la mitad, desalentadas, recelosas y llenas de heridas, cuando recapacitó en los grandes trabajos que habían sufrido, los sacrificios sin cuento que habían arrostrado y en el sin número de valientes amigos y fieles compañeros que acababa de perder en esta sangrienta y fatal noche, penetraron en su alma tan vivos y agudos dolores, que prorrumpieron sus ojos en copiosas lágrimas; al paso que con espíritu y resolución estaba dictando disposiciones necesarias y dando órdenes oportunas. Vieron sus soldados con la mayor satisfacción que los cuidados impuestos

por los deberes del mando no cerraban su corazón á los sentimientos de la humanidad.

En esta funesta noche perecieron muchos oficiales de distincion y á mas 600 soldados segun Solis, 840 segun Diaz. Perdiéronse las municiones, los bagages, la artilleria toda, murieron tambien casi todos los caballos y mas de dos mil tlascaltecas; de los tesoros se pudieron salvar muy pocos; habian sido estos como Cortés lo habia previsto, la principal causa de la desgracia de los soldados, porque estaban tan cargados de oro que les habia sido imposible combatir; en fin se contaban asimismo en el número de los muertos el hermano, el hijo y las dos mujeres de Motezuma, pero Aguilar y doña Marina, que tan necesarios eran como intérpretes, tuvieron la fortuna de salir salvos de los peligros de la batalla, como tambien el venerable padre Olmedo que tantos servicios habia hecho por su fervorosa y esclarecida piedad.

La primera diligencia de Cortés fué á buscar un asilo para hacer descansar sus tropas, porque no podia quedarse en el parage en donde se hallaba. Por todas partes le hostilizaban los mejicanos y todos los habitantes de la comarca empezaban á tomar las armas, así es que se determinó á mudar de sitio dirigiéndose hácia una cordillera de montañas, y á nueve millas de Méjico tomó posesion de un templo consagrado á los ídolos silvestres, á cuya invocacion enco-

mendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Tenia el atrio bastante capacidad y estaba rodeado de una muralla que unida con algunas torres podia ser puesta fácilmente en estado de defensa. Recobraron aliento los españoles al verse al abrigo de aquel lugar, que miraban como una fortaleza inexpugnable, dirijieron al mismo tiempo sus corazones hácia el cielo, considerando aquel alivio como socorro de su divina proteccion, y en memoria del gran beneficio que les reportó, librándoles del conflicto que á la vista tenian, fabricaron despues en aquel mismo sitio una ermita dedicada á *Nuestra Señora del Remedio*.

Mandó llamar Cortés á sus oficiales y capitanes y les consultó sobre el camino que deberian tomar. Encontrábanse entonces los españoles en la parte de oeste del lago de Tlascala, el solo paraje en donde podian confiar se les recibiria bien; estaba á 75 millas al este de Méjico, de manera que era menester pasar al rededor de la estremidad norte del lago para tomar el camino que conducia á esta ciudad. Ofrecióse un tlascalteca á servirles de guia y les condujo por un pais ya pantanoso, ya montañoso, mal poblado y mal cultivado, anduvieron caminando por espacio de 6 dias sin detenerse y estando en continuas alarmas, en continuos sobresaltos. Acometianles numerosos cuérpos de mejicanos, ya incomodándolos de lejos con sus tiros, ya tambien algunas veces formándose en especie de

escuadrones y atacándolos de frente, por los lados y por la retaguardia con la mayor audacia y descaro. Fatigas, cansancios, infinitos peligros y continuas alarmas no eran los únicos males que á los españoles aquejaban, el pais por el que estaba atravesando no les proporcionaba recurso ni alimento alguno, veíanse precisados á vivir de las hierbas que en los campos encontraban y de tallos de maiz todavía verde. Abatía el hambre su valor y disminuía sus fuerzas, mientras que exigía su situacion toda su actividad, toda su energia.

En medio de su angustia, de su decaimiento estaban sostenidos y animados por la inalterable firmeza de su gefe; jamás le abandonaba su presencia de espíritu, todo lo preveía con una admirable sagacidad y ni un solo instante suspendióse su vijilancia; era el primero en esponerse al peligro y arrostraba todos los sacrificios con una increíble serenidad. Los soldados que sin él habrían probablemente desconfiado de su salud y hubieran maldecido su adversa suerte, iban siguiéndole con una confianza que lejos de cesar se aumentaba mas y mas.

Llegaron al sexto dia á Otumba, no lejos del camino que de Méjico conduce á Tlascala; así que amaneció se pusieron en marcha; los enemigos estaban molestando continuamente la retaguardia. Entre las injurias que á cada descarga repetían, advirtió doña Marina que muchas veces proferían: « ¡ Andad, tiranos, andad, pres-

to llegaréis al lugar donde encontraréis el castigo á vuestros crímenes y tropelias debido! » No comprendieron los españoles el sentido de esta amenaza, hasta que llegaron á una altura, desde donde pudieron descubrir una vasta llanura llena de un ejército inmenso. Mientras que un cuerpo de tropas enemigas iba fatigando á los españoles acosándoles en su retirada, habían reunido los mejicanos las principales fuerzas que estaban esparcidas por la otra parte del lago y siguiendo directamente el camino de Méjico á Tlascala, se habían estacionado en el llano de Otumba, por donde Cortés debía pasar necesariamente. A la vista de esta infinita muchedumbre que parecía ostentar mucha arrogancia, mucha animacion, se llenaron los españoles de estupor y asombro y los mas valientes é intrépidos empezaron á perder toda esperanza, pero Cortés, sin dar tiempo á que se fortificaran por la reflexion sus temores, ordenó sus tropas en disposicion de dar la batalla. La poca caballeria que quedaba, puesta bajo las órdenes de Cortés protegía los flancos y estaba pronta á dar socorro á los puntos mas peligrosos. Entonces el general con una voz fuerte y animada por el entusiasmo: « Amigos, dijo, ha llegado el momento de vencer ó morir: elevemos nuestros corazones á Dios, pongamos en él toda nuestra confianza, todas nuestras esperanzas y lanzémonos al combate con arrojo y decision! » Terrible fué la refriega, pelearon los españoles con un denuedo grande, con un ardor

que rayaba á frenesí; los mejicanos por su parte los recibieron con una firmeza extraordinaria. Las tropas de Cortés iban abriéndose paso por entre los espesos batallones enemigos derrotándolos y dispersándolos completamente, pero mientras huían los unos, eran sucedidos por otros que llegaban llenos de rabia y sedientos de venganza. Despues de cuatro horas de una lucha sangrienta y desastrosa, los españoles, cuyas fuerzas se hallaban agotadas, no podían continuar por mas tiempo un combate tan desigual, cuando á propósito se acordó Cortés de que el destino de las batallas dependia entre estos pueblos de la suerte del estandarte real, puesto que huían despavoridos luego que caía en poder de los enemigos, ó que moría el general que lo llevaba, así es que se determinó á apoderarse de aquella insignia. Estaba esta en manos de Cihuacatzin, general de los indios, quien iba en el centro del ejército colocado en unas magníficas andas; era su forma una red de oro macizo pendiente de una pica y coronado el remate de muchas plumas de diferentes colores, estaban destinados á su custodia unos cuantos guerreros, cuya sola presencia infundia respeto y terror.

Llama Cortés á los valientes capitanes Alvarado, Sandoval, Olid, Dávila y á algunos otros que habían conservado aun sus caballos, marchan á escape, atropellando todo cuanto se les presenta á la vista, empleando en este momento



Batalla de Otumba

crítico toda su energía, todo su valor, toda su intrepidez para abrirse paso por entre las masas compactas y llegar hasta el paraje en donde se hallaba el capitán general. Llegan á pocos instantes á su lado, Cortés con un golpe de lanza le hiere y lo hace caer de las andas, al mismo tiempo baja de caballo uno de sus compañeros (26) se apodera del estandarte y acaba de quitar la vida al infortunado Cihuacatzin. Al ver perdida los mejicanos aquella sacrosanta insignia hácia la cual se dirijian todas sus miradas, arrojan las armas y huyen en desórden hácia las montañas. Así fué llevada á cabo la mas esclarecida victoria que han alcanzado los españoles en el Nuevo Mundo. Fatigados los soldados de perseguir al enemigo, volvieron al campo de batalla para recoger los despojos. Era formado el ejército enemigo de los mejicanos mas nobles y distinguidos, quienes iban adornados de ricos trajes y de otras preciosidades, así es que el botín fue bastante considerable y Cortés y los suyos pudieron reparar en cierto modo la pérdida que durante la retirada habian tenido (27).

Distinguiéronse mucho por su valor los españoles y tlascaltecas, pero nadie tanto como Cortés. Segun sus oficiales, jamás habia desplegado tanta actividad, jamás habia mostrado tanta bizzarria como en esta memorable jornada. Asegura Diaz que mereció igualmente Sandoval una distincion particular por su rara intrepidez. Citan tambien los historiadores con sumo elo-

gio una muger llamada Maria Estrada la cual armada de una lanza se arrojó sobre el enemigo con tal denuedo y ardor, que habrian sido considerados como extraordinarios aun en un hombre. Fué inmensa la pérdida de los mejicanos, dicen varios autores, que asciende á veinte mil hombres y Solís cree que este número será exacto, porque, segun afirma, pasaba el ejército vencido de 200,000 combatientes. Hay sin duda algo de exajeracion en estos cálculos, pero jamás los españoles habian luchado contra tan numerosas tropas y jamás habia sido tan grande y terrible la mortandad. Cortés por su parte perdió muchos aliados y muchos de sus compañeros, los que sobrevivian estaban llenos de heridas; él mismo habia recibido un golpe de piedra en la cabeza que le hizo caer de caballo.

Despues de esta grande y esclarecida victoria, entraron los españoles sin obstáculo en Tlascala el dia siguiente, 8 de julio. Eran en número de 440, heridos los mas, cansados, desesperados y no teniendo ya confianza en el porvenir. Era por cierto su situacion bien diferente de la en que se encontraban, cuando salieron de esta ciudad un mes antes. Entonces el buen éxito parecia infalible; ahora era menester abandonar sus mas caras esperanzas y volverse á Cuba.

CAPITULO XIX.

Acontecimientos que tuvieron lugar durante la permanencia de Cortés en Tlascala.

No tardaron á disiparse los temores de los españoles por la confianza y cordialidad de los habitantes de Tlascala. Fué su entrada una pompa triunfal en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, cuya fidelidad parecia aumentarse en razon de las desgracias de sus aliados. Disputáronse los principales caciques el honor de recibir á Cortés en su casa y admitió el hospedaje de uno de ellos, probando así que se entregaba á su lealtad. Tuvieron los españoles víveres en abundancia y encontraron todos los socorros necesarios para curar sus heridas ó descansar de